

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ

Ante
el día X

OTRO año más. Las fuerzas responsables del estancamiento político e histórico de España siguen sordas a todas las llamadas a la solución pacífica del problema español ; suya será la responsabilidad de las sombras del mañana. Pero quiero hoy prescindir de mis reiterados llamamientos a la solución rápida del drama de España y deseo discurrir como un español más, despojándome de toda investidura política.

La Iglesia, el Ejército y otros grupos de presión piden lo que con frase sibilina llaman « Institucionalización del régimen », palabras que vertidas a un castellano sencillo quieren decir que es urgente proceder a la sustitución del gobierno personal y policiaco que domina a nuestra patria. Adivinan los peligros que su perduración acumula en el futuro próximo, aunque no conocen sino las manifestaciones exteriores de la cada vez más firme oposición que España muestra al dictador y su camarilla : los movimientos estudiantiles, las protestas de los universitarios y de los intelectuales, las jornadas en honor de figuras literarias significadas por su liberalismo, los sermones progresistas, los gritos hostiles en las ciudades y en los campos, las huelgas, la afiliación al comunismo de hijos de capitostes del gobierno... Si conocieran todo el gigantesco mar de fondo que se agita por bajo de la superficie todavía tersa de la vida política nacional —tersa porque el proceso naturalmente es clandestino—, quienes en la Iglesia, en el Ejército y en otros grupos sociales responsables piden la pronta « Institucionalización del régimen » —ya queda traducida la frase— harían algo más que solicitar un cambio de rumbo.

Cuando un pueblo es regido más de un cuarto de siglo por una dictadura, sin remedio las gentes inquietas espiritualmente, las juventudes siempre inconformistas y los obreros, al no poder dar paso a su afán de novedades y mejoras dentro de cauces jurídico-políticos normales, se lanzan por los caminos de las más extremas tendencias.

Sería ridícula si no fuera trágica la pretensión del carismático rector de treinta millones de españoles de que su tiranía perdure después de su muerte. El millón y medio de obreros que trabajan en Europa, en países prósperos organizados democráticamente, después de asombrarse de la diferencia que hallan entre ellos y España, se convierten en enemigos del régimen que la sojuzga y no consentirán su supervivencia. El clero joven que lee y medita las conclusiones del Concilio Vaticano favorables a la libertad política de las ma-

sas, no apoyará mañana la prolongación de un gobierno dictatorial en flagrante oposición con las fórmulas cristianas de la Iglesia renovada. Las jóvenes generaciones del Ejército han pedido ya la formación de un gobierno sin signo político para decidir de la suerte de la patria. Los intelectuales de las más diversas tendencias, todos partidarios de un régimen democrático de convivencia nacional, forcejearán por que sus sueños de hoy sean realidades. Los sindicatos verticales, de la noche a la mañana, se convertirán en organizaciones socialistas, democristianas o comunistas, y llevarán el agua a su molino. Los exilados verterán el peso de su fuerza espiritual y política en la transformación de España. Hasta los carlistas se han declarado democráticos. ¿Quiénes van a sostener la prolongación de la tiranía acaballada sobre España? Ni siquiera los banqueros que muy calladamente ayudan a los enemigos del régimen para cubrirse ante lo inminente del cambio político.

ES ABSOLUTAMENTE seguro que el « Caudillo por la gracia de Dios », como se hace llamar vanidosamente el dictador, no va a repetir las hazañas del Cid. No le veremos montado sobre un caballo blanco ganando batallas políticas después de su muerte. Le enterrarán con gran cuidado sus propios ministros para que ni por obra de magia pueda volver a señorearlos altiva y cazurramente a la par. Y si antes no es apartado violentamente del poder —el mundo padece o goza hoy una general epidemia de « golpes de Estado » que han derrocado muchas tiranías, y las fuerzas armadas españolas están inquietas e impacientes—, a la muerte del dictador se irá al garete todo el artilingio político de la dictadura.

Todos en España, incluso el « Caudillo por la gracia de Dios » —¡cómo se irritará o se reirá Este, según su talante del momento, de ese arrogarse de Su gracia por quien ha ordenado tantas muertes de hermanos españoles!—, están convencidos de que el día X —destronamiento o muerte natural— España se encontrará ante uno de los instantes más decisivos de su historia.

Ya en el siglo XV —perdón por no haber resistido a la deformación profesional— tenían los españoles fama de no proveer a tiempo a la solución de sus problemas. Espero que esta vez no nos sorprenda la noticia sobre la que se especula cada día en las catedrales, los cuarteles, las universidades, los cenáculos literarios, los consejos de administración de los bancos, las fábricas y hasta entre los miembros en activo o en retiro de los consejos de ministros.

EL CAUDILLO ha sido jubilado por un golpe militar o por la Providencia ; alarmas, angustias, alegrías, esperanzas... Pueden imaginarse todas las reacciones, desde las lágrimas hasta las borracheras, desde el miedo cerval hasta

la insensata algarabía. Bueno..., y entonces ¿qué?. Es seguro que muchos grupos de presión, de los que viven en el régimen, sueñan con proclamar la monarquía el día X. No interesa demasiado el tute de reyes que va a presentarse a los monárquicos en esa coyuntura. Los dos don Juanes —les llamo así por su nombre de bautizo, no hago ninguna alusión a donjuanismos de los que algunos de sus ilustres abuelos dieron muestra—, el Hugonote como le llaman en El Pardo —¿qué habrán pensado Felipe II y Guillermo de Orange de la boda de sus nietos?— y Don Alfonso hijo del Infante Don Jaime. No interesa al caso la elección del Caudillo. No la hará por temor a que *institucionalizado* el régimen se prescinda del *institucionalizador*. Muchos tíos ricos mueren sin testar para mantener la devoción de los sobrinos y evitar impacencias. Además, el día X el general no podrá seguir mandando, porque haya tenido que huir ante el golpe de Estado o porque estará muy serio en su ataúd sobre un gran catafalco, rodeado de cirios y de oficiales del Ejército con sus espadas desnudas, mientras resuenan en el templo los *Requiem*s litúrgicos.

En uno u otro caso ese día serán los militares, revolucionarios o leales, quienes habrán de decidir provisionalmente de la suerte de España. ¡Qué enorme responsabilidad la de encauzar los destinos de treinta millones de españoles!. ¿Monarquía?. ¿República?. Ellos responderán a esas interrogaciones: « España ». Pero esa respuesta no les resolverá el problema de conciencia. Les invito a la meditación anticipada. Y como a ellos a cuantos puedan decidir en el día de la gran coyuntura.

Imaginemos que resuelven proclamar la Monarquía y que se lanzan en busca de un rey, como hizo Prim, con error explicable, va a hacer pronto un siglo. Ya está el rey en Madrid, cualquiera de los cuatro. ¿En qué fuerzas va a apoyarse la Monarquía?. ¿En las que han mantenido la tiranía del Caudillo?. No se habrá hecho sino aplazar el problema de España unos años o unos meses ; aplazarle agravándolo. Porque en ningún caso el nuevo régimen tendrá la fuerza monolítica del viejo. Porque los españoles que ya hoy se atreven a alzarse contra el dictador, —de una u otra manera pero a alzarse—, se lanzarán con mucho mayor brío a la batalla. La Monarquía deberá practicar una represión más dura aún que la del gobierno cuyo amo y señor acabaría de huir o de ser enterrado con pompa inusitada. Y al cabo de años o de meses, faltos los españoles de una salida democrática que dé paso a la proyección legal de sus yos explosivos, madurará y triunfará en España un castrismo o un comunismo de signo ruso o chino. Una Monarquía autoritaria, tras aplazar y agravar el problema de España, provocaría una inevitable crisis revolucionaria.

Y yo pregunto a quienes piensan en la Monarquía constitucional si la creen en verdad perdurable. Al acabar la guerra mundial, incluso algunos años después, una realza pacificadora hubiese quizás sido viable. Hoy no lo es. Supuesto el habi

tual movimiento pendular de la opinión pública en España, en unas elecciones medianamente honestas sería arrollada por el voto de los españoles. Que no esperen sus defensores un sistema bipartidista, a la inglesa, en que la opinión nacional se polarice entre la democracia cristiana y el socialismo. Los socialistas no colaborarán con la Monarquía. No pueden colaborar con ella. O serán un partido de masas o no serán nada, y su participación en un gobierno monárquico lanzaría a los obreros a las filas del anarquismo o del comunismo. El ejemplo de Inglaterra, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega o Suecia no puede aplicarse a España. Porque nuestra herencia temperamental es diversa, son diversas nuestras estructuras sociales y lo es nuestra historia cercana. Ninguna ha sufrido ayer como España una larga guerra civil y un cuarto de siglo de tiranía. No ; que no se engañen los hombres que en la hora X puedan decidir de los destinos de España. La Monarquía no puede durar al sur del Pirineo. Las realezas de los pueblos citados tienen largos haberes históricos frente a ellos y se han solidarizado con sus destinos, y sin embargo no apostaría yo por su perduración avanzado el siglo XXI.

HACE años, al comentar la ruina del Imperio Español, anuncié por escrito que en fecha más o menos cercana no sería el nuestro el único caduco. La historia me ha dado la razón. Hasta Inglaterra y Francia han perdido los suyos. Ahora me atrevo a profetizar que esas repúblicas coronadas que son las mencionadas monarquías, dejarán caer las coronas para ser sólo repúblicas. Las generaciones jóvenes verán cumplir mi profecía. Los historiadores somos un poco zahoríes. En Roma, en Noviembre de 1932, anuncié que en fecha relativamente próxima Europa sería destronada —¡1932!— y se hallaría entre dos potencias de ella nacidas, pero a ella ajenas : Rusia y los Estados Unidos. Mi comunicación al Convegno Volta está impresa. En ella defendí, cuando nadie soñaba en hacer Europa, que era preciso llegar al Estado Continental, porque los Estados nacionales eran moldes estrechos de la vida política contemporánea y para salvar al viejo vivero de la civilización universal.

El día X España no tiene otra salida que la proclamación de la República. Treinta años de propaganda calumniosa han hecho temblar a muchos españoles ante el solo nombre de tal institución y odiar o temer a los hombres que la gobernamos. No voy a defenderla ni a defendernos. Quiero sólo recordar que nosotros los republicanos no tenemos ningún título de propiedad sobre la República ; que la República es de todo los españoles y que de todos puede ser obra. En ella caben todos, desde la extrema derecha a la extrema izquierda. República es la fórmula de convivencia democrática de todo un pueblo, dentro de la ley para que, como dijo Kant, « la libertad de cada uno coexista con la libertad de los demás dentro de un régimen común de libertad ». A ella pueden venir los implicados y los complicados en el régimen agonizante.

Hominum est errare. Los hombres se equivocan y pueden noblemente arrepentirse.

Con ella, podrá gobernar el binomio democracia cristiana-socialismo. Juntos podrían hacer las reformas de estructura que España requiere como medicina preventiva para evitar el gran traumatismo que amenaza a los pueblos no sólo económica sino políticamente subdesarrollados. Recordemos que el comunismo triunfó en Rusia y ha triunfado en China, pero no en Inglaterra o Alemania.

EN ELLA, los anarquistas, un mucho curados de su deseo de hacer estallar el mundo —el mundo puede estallar sin que ellos muevan un dedo—, como liberales elevados al cubo, pueden servir de antídoto contra los excesos de un Estado absorbente y tentacular. Los comunistas servirían de aguijón y de amenaza : para impulsar los cambios sociales que la hora requiere y para mover a la unión a los demás, mientras ellos no celebren un concilio parejo del Vaticano II y se alistén en las filas de la libertad del hombre. Y hasta quienes constituyeran el equivalente hispano de la Acción Francesa tendrían su papel en la República como defensores de un ayer que no debe ser olvidado en el hacer del mañana, para conservar vivas las raíces de la España milenaria.

Los republicanos de signo liberal del interior y del destierro constituiríamos el eje, nervio y espina dorsal de la vida libre de la España nueva. He escrito « del interior y del destierro », porque si los exilados no tenemos ningún título de propiedad sobre la República y estamos prontos a colaborar en la organización política de España con todos, salvo con los verdugos de antaño y con los ladrones de hogaño —los militares los conocen mejor que nosotros y sabemos que, con Monarquía o República, les enjuiciarán—, cometen un tremendo error quienes hoy nos ignoran y lo cometerían quienes nos olvidaran mañana. Hemos dado al mundo un ejemplo de energía y de honestidad y hemos cosechado para España muchos laureles en América. He dicho en otra parte que los emigrados españoles de todos los tiempos han vuelto siempre a la patria moderados. Nos necesitarán, y a nuestros hijos —no hay que olvidar a éstos— en los momentos decisivos del tránsito.

Pero es ocioso insistir sobre el tema de nuestra futura misión en España. Lo urgente es constituir un grupo de hombres, cualquiera que sea su signo político anterior, que el día X, cuando el dictador vuele al destierro o yazca sobre un gran catafalco, unidos para continuar en paz la historia de España conforme a las exigencias de la hora actual —frente a ellas hasta la Iglesia ha cambiado de camino— pueda brindar a quienes hayan de decidir de la suerte de la patria la garantía del encauzamiento pacífico de la vida española.

¿Monarquía? ¿República? España. Pero es que sólo la República puede ser mañana la solución del problema espa-

1034
ñol. Sólo ella puede producir y aplicar la vacuna preventiva precisa para evitar la gran crisis traumática que, en otro caso, tras algunos años de monarquía, sería inevitable.

NORMALMENTE será el ejército el llamado a decidir mientras el avión del Caudillo vuela a través del cielo transparente de Castilla o se escuche en el Valle de los Caídos la súplica piadosa a la divinidad, *Requiem eternam dona ei, Domine*. Para que Dios dé su paz no sólo a Franco, sino a España —no aspiramos a que la nuestra sea eterna, nada hay eterno de tejas abajo, sino a que sea fecunda— es necesario que el ejército reverdezca sus laureles liberales decimonónicos. Campeón de la democracia hispana en el siglo pasado, puede volver a serlo en la hora X. ¿Por qué no? ¿Qué es el ejército sino el pueblo en armas?. El servidor del pueblo y de la patria. Su misión es ser la garantía de un nuevo renacer de España, de una España madre y no madrasta de todos sus hijos. Podemos dominar el mañana si ponemos en tensión los resortes de la conciencia y de la voluntad nacional bajo la soberanía popular.

Habrà que comenzar por educar al soberano, como decía el gran pensador argentino Sarmiento, aludiendo al pueblo. ¿Qué culpa tiene éste si los españoles de pro no se han acercado a él sino como demagogos o como domadores? ¿Qué puede importar a un campesino o a un obrero que no puede alimentar ni educar a sus hijos la libertad de opinión, de reunión o de palabra, hoy consideradas como básicas incluso por la Iglesia Católica? ¿Cómo enmarcarle en el democrático convivir de la comunidad sin cambiar su destino, sin darle bienestar, seguridad y las mismas posibilidades que se brindan a sus connacionales más afortunados?

El ejército va a tener que enfrentar una dramática decisión el día X. ¿Monarquía? ¿República? : España. Pero es que la paz y el porvenir de la patria requieren la restauración de la República. No siento ninguna ambición política. Aspiro sólo a acabar mi vida entre mis libros, escribiendo nuevas páginas de la remota historia hispana. Mi aldabonazo de hoy tiende sólo a procurar que la historia del mañana español no sea tenebrosa y sangrienta, sino luminosa y fraterna.

(Artículo publicado en *Mañana*)